

Cómo citar en APA: Ramírez Téllez, A. R., Toro, C. M. y Triana Domínguez, F. C. (2026). ¿Nuevo espejo de lo divino? La paradoja teológica de la creatividad artificial. *Cuestiones Teológicas*, 54(119), 1-15. <https://doi.org/10.18566/cueteo.v53n119.a02>

Fecha de recepción: 3 de abril, 2025 / **Fecha de aceptación:** 12 de noviembre, 2025

¿NUEVO ESPEJO DE LO DIVINO? LA PARADOJA TEOLÓGICA DE LA CREATIVIDAD ARTIFICIAL

A New Mirror of the Divine? The Theological Paradox of Artificial Creativity

ALBERTO RENÉ RAMÍREZ TÉLLEZ¹ 

CARLOS MARIO TORO² 

FREDDY CAMILO TRIANA DOMÍNGUEZ³ 

- 1 Universidad Santo Tomás, Bogotá Colombia. Correo electrónico: frayalbertoramirez@usantotomas.edu.co
- 2 Universidad Santo Tomás, Bogotá Colombia. Correo electrónico: carlostor@usta.edu.co
- 3 Universidad El Bosque, Bogotá Colombia. Correo electrónico: frianad@unbosque.edu.co

Resumen

Este artículo sostiene que la inteligencia artificial (IA) no redefine la *imago Dei*, sino que reafirma sus límites al demostrar que la creatividad auténtica requiere conciencia, intencionalidad y conexión con lo trascendente. Mediante análisis hermenéuticos del verbo hebreo בָּרָא (*bara*) —“crear” (*Qal*) y “cortar” (*Piel*)—, marcos teológicos (Moltmann, Pannenberg) y casos prácticos (IA en sermones, *Vatican Latinist*), se muestra que la IA, aunque útil, carece de atributos humanos clave: capacidad para contextualizar culturalmente, asumir vulnerabilidad e imprimir significado ético-espiritual. Documentos como el *Rome Call for AI Ethics* (2020) y *Laudato Si'* orientan su uso hacia el bien común, pero sin superar su naturaleza instrumental. La IA no es *imago Dei*, sino un espejo que expone lo irrepetible de la creatividad humana: crear con amor, riesgo y anhelo de eternidad, de modo que refleje la colaboración divino-humana.

Palabras clave: Imago Dei, Creatividad artificial, Inteligencia artificial (IA), Hermenéutica bíblica, Ética tecnológica, Intencionalidad y conciencia, *Bara* (*Qal* y *Piel*), Colaboración divino-humana, Discípulos digitales, Teología.

Abstract

This article argues that artificial intelligence (AI) does not redefine the *imago Dei* but reaffirms its limits by demonstrating that authentic creativity requires consciousness, intentionality, and connection to the transcendent. Through hermeneutical analysis of the Hebrew verbo בָּרָא (*bara*) —“to create” (*Qal*) and “to cut” (*Piel*)—, theological frameworks (Moltmann, Pannenberg), and practical cases (AI-generated sermons, *Vatican Latinist*), it reveals that AI, though useful, lacks key human attributes: cultural contextualization, vulnerability, and ethical-spiritual meaning-making. Documents like the *Rome Call for AI Ethics* (2020) and *Laudato Si'* guide its use toward the common good but cannot overcome its instrumental nature. AI is not *imago Dei* but a mirror exposing the uniqueness of human creativity: creating with love, risk, and a longing for eternity, reflecting divine-human collaboration.

Keywords: Imago Dei, Artificial Creativity, Artificial Intelligence (AI), Biblical Hermeneutics, Technological Ethics, Intentionality and Consciousness, *Bara* (*Qal* and *Piel*), Divine-human Collaboration, Digital Disciples, Technological Idolatry, Theology.

Introducción

La inteligencia artificial (IA) ha trascendido su rol tradicional de herramienta utilitaria para incursionar en un territorio que, hasta hace poco, se consideraba exclusivo de la mente humana: la creatividad. Sistemas como DALL-E, que genera obras pictóricas a partir de descripciones textuales, o Deepseek, capaz de redactar poesía y ensayos filosóficos, no solo desafían las nociones secularizadas sobre la originalidad, sino que también interpelan directamente a la teología cristiana. En el corazón de este debate yace la doctrina de la *imago Dei* —la afirmación de que el ser humano refleja la imagen de Dios, entre otras cosas, a través de su capacidad creadora (Gn 1, 27-28) como ya lo indicaba San Agustín en *De Genesi ad Litteram imperfectus liber* (Augustini, 2014)—. Si la IA puede “crear”, ¿habría que considerarla un reflejo indirecto, aunque paradójico, de lo divino? ¿O su existencia, por el contrario, revela la necesidad de redefinir aquello que constituye la singularidad humana ante el Creador?

Este interrogante no es un ejercicio de especulación abstracta, sino una urgencia para el pensamiento teológico contemporáneo. Desde los escritos de Teilhard de Chardin, que vislumbró una “noósfera” donde la conciencia humana y la tecnología convergen (Plašienková et al., 2020), hasta las reflexiones de Antje Jackelén sobre la espiritualidad en la era digital (2021), la fe se ha enfrentado a disyuntivas tecnológicas. Sin embargo, la creatividad artificial introduce una paradoja inédita: si la *imago Dei* se ha vinculado históricamente a la racionalidad, la libertad o la conciencia, ¿qué ocurre cuando un algoritmo sin subjetividad ni intencionalidad produce arte que conmueve, música que inspira o textos que persuaden? La IA no solo replica patrones, sino que simula procesos creativos que, en el ser humano, han sido interpretados como destellos de lo trascendente.

El contexto cultural actual agudiza esta tensión, pues vivimos en una época en la que proyectos de IA como AIVA —una compositora algorítmica reconocida por sociedades de derechos de autor— (Roveda Villamil, 2021) o DeepDream, que transforma datos en alucinaciones visuales, desdibujan las fronteras entre lo humano y lo artificial (Martinez et al., 2024). Este fenómeno se intensifica con narrativas transhumanistas que proponen la IA como camino hacia una “superación” de la biología, y con la creciente dependencia de algoritmos que deciden, predicen y, ahora, crean. Frente a esto, la teología no puede limitarse a un papel reactivo; debe ofrecer un marco crítico que evite tanto la fascinación acrítica como el rechazo apocalíptico.

La pertinencia de este estudio radica en dos vacíos interrelacionados. En primer lugar, mientras la literatura teológica reciente ha explorado la ética de la IA o su impacto en la noción de conciencia, escasean trabajos que analicen la creatividad como atributo teológico confrontado por la tecnología. En segundo lugar, la narrativa secular predominante reduce la creatividad a un fenómeno emergente de datos y probabilidades, lo cual ignora su dimensión espiritual.

Documentos como el *Rome Call for AI Ethics* (2020), impulsado por el Vaticano (Francisco, 2020), subrayan la urgencia de un diálogo interdisciplinario que incluya a las humanidades en la gobernanza tecnológica (Pegoraro y Curzel, 2023). Este artículo busca responder a ese llamado, pero desde una perspectiva específicamente teológica.

Este artículo defiende que la IA, lejos de redefinir la *imago Dei*, reafirma sus límites al evidenciar que la creatividad auténtica emerge de atributos exclusivamente humanos: la conciencia, la intencionalidad ético-espiritual y la relación con lo trascendente. A través de un análisis interdisciplinario, demostraremos que, mientras la IA puede imitar resultados creativos, carece de los fundamentos ontológicos que vinculan la creatividad humana con la participación en la obra divina. Para ello, el artículo adopta un enfoque metodológico interdisciplinario.

Se parte de una exégesis del término *bara* —el verbo hebreo usado en Génesis para la creación divina, reservado solo para Dios— (Pinto, 2016), y se contrasta con la creatividad artificial como mera combinatoria de datos. Se dialoga con teóricos sistemáticos, como Jürgen Moltmann, para quien la creatividad humana es una participación en la acción creadora de Dios, y con filósofos de la mente, como John Searle, quien niegan la posibilidad de intencionalidad en sistemas computacionales. Finalmente, se examinan algunos casos concretos: desde proyectos vaticanos que emplean IA para preservar manuscritos antiguos, hasta la polémica suscitada por comunidades religiosas que usan ChatGPT o Deep Seek para redactar sermones.

En última instancia, este trabajo no pretende ofrecer respuestas definitivas, sino abrir un espacio de reflexión crítica en el que la teología, lejos de ser un muro de contención contra el progreso, se convierta en una interlocutora relevante de uno de los debates más fascinantes —y desconcertantes— de nuestro tiempo.

Este artículo emplea una metodología interdisciplinaria que combina hermenéutica bíblica, teología sistemática y análisis comparativo de casos, con el fin de evaluar críticamente el impacto de la IA en la comprensión de la *imago Dei*; además, no solo contrasta capacidades técnicas, sino que problematiza la esencia misma de la creatividad: ¿es la IA un mero espejo de lo humano, o su existencia nos fuerza a redefinir qué nos hace únicos como *imago Dei*?

Metodología

El artículo aborda la paradoja teológica de la creatividad artificial desde un enfoque interdisciplinario que combina herramientas clásicas de la teología sistemática con análisis críticos propios de la filosofía de la tecnología y estudios de casos concretos. Siguiendo un enfoque hermenéutico,

se analiza la polisemia de בָּרָא, mientras que la teología sistemática proporciona el marco para interpretar la creatividad como colaboración divino-humana. Los casos prácticos, examinados comparativamente, ilustran dilemas éticos contemporáneos

En primer lugar, se parte de una exégesis bíblica del concepto de creación, centrada en el término hebreo *bara* —utilizado en el Génesis para describir el acto creador de Dios y reservado exclusivamente para Él en la cosmovisión judía—. Este análisis no solo busca clarificar el significado teológico de “crear” en las Escrituras, sino que establece un contraste fundamental con la creatividad artificial, la cual, desde una perspectiva técnica, opera mediante la recombinación estadística de datos preexistentes. La elección de este marco exegético no es arbitraria: permite desentrañar si la IA, al generar obras novedosas, participa de manera análoga en aquel *bara* divino o si, por el contrario, su actividad se reduce a una mera imitación algorítmica.

En segundo lugar, el trabajo se sustenta en un diálogo crítico con teólogos y filósofos contemporáneos cuyas obras abordan la intersección entre fe, antropología y tecnología. Por un lado, se recurre a Jürgen Moltmann y su visión de la creatividad humana como participación en la acción continua de Dios en el mundo (*God in Creation*), así como a David Bentley Hart, quien vincula la libertad creativa humana con la naturaleza kenótica de lo divino. Por otro, se confrontan estas posturas con las de filósofos de la mente como John Searle, cuyo argumento de la “habitación china” niega la posibilidad de intencionalidad —y, por ende, de creatividad genuina— en sistemas computacionales. Este contrapunto no solo enriquece el análisis, sino que expone la tensión entre definiciones técnicas de creatividad (como las de Margaret Boden, quien la reduce a “combinatoria novedosa”) y las interpretaciones teológicas que la ligán a la conciencia y la trascendencia.

La tercera vertiente metodológica implica un análisis de casos empíricos que ilustran los dilemas teóricos planteados. Se examinan, por ejemplo, iniciativas como el proyecto *Vatican Latinist*, en el que la IA se emplea para descifrar manuscritos medievales, lo que suscita preguntas sobre si esta colaboración tecnológica amplía o trivializa la tarea humana de preservar el legado espiritual. Igualmente, se estudia la polémica generada por algunas comunidades religiosas que utilizan ChatGPT para redactar sermones, un fenómeno que obliga a preguntarse si la mediación algorítmica vacía de autenticidad la proclamación de la Palabra. Estos casos no se abordan como meras anécdotas, sino como ventanas para explorar cómo la IA redefine prácticas históricamente vinculadas a la *imago Dei*, como la interpretación de textos sagrados o la transmisión de la fe.

Finalmente, el artículo adopta una perspectiva crítica que evita tanto el determinismo tecnológico como el excepcionalismo humano ingenuo. Para ello, se sitúa en la tradición de la teología pública, que insiste en la necesidad de que la fe dialogue con los desafíos globales sin renunciar a su particularidad. Esta postura se traduce en un método que interroga a la IA desde categorías teológicas —como la gracia, la libertad o la redención—, pero que también permite

que los cuestionamientos de la ciencia contemporánea interpelen a la teología. El resultado es un enfoque dinámico en el que la creatividad artificial no se juzga desde fuera, sino que se entiende como un fenómeno complejo que exige repensar, sin relativizar, la singularidad humana ante el misterio de lo divino.

***Imago Dei* y creatividad en la teología**

El relato de la creación en Gn 1-2 sitúa al ser humano como cumbre de la obra divina, investido de la capacidad de crear, ordenar y transformar. En esta narrativa es central el verbo hebreo בָּרָא (*bara*), cuya complejidad semántica redefine la comprensión de la creatividad como dimensión de la *imago Dei*. Tradicionalmente, בָּרָא en su forma básica (*Qal*) se traduce como “crear”, un término reservado, casi exclusivamente, para la acción soberana de Dios, como en Gn 1,1. Sin embargo, en su forma intensiva (*Piel*), el mismo verbo adquiere significados como “cortar” o “dar forma” (Jos 17,15), lo que plantea una pregunta fundamental: ¿son estas acepciones palabras independientes (homónimas) o derivadas de una misma raíz con sentidos evolucionados (polisémicas)? Esta distinción no es meramente lingüística, sino que impacta directamente en cómo entendemos la relación entre la creatividad divina y humana (Pinto, 2016).

La discusión académica, revitalizada por van Wolde (2009) y Wardlaw (2014) según Holmstedt (2022) y Pinto (2016), sugiere que בָּרָא en *Qal* podría implicar un acto de “separación creativa”, vinculado etimológicamente al *Piel*. En lugar de interpretar la creación divina como un acto *ex nihilo* (desde la nada), proponen que Dios “delimita” el caos primordial (תהו ובהו) para darle estructura, un proceso que resonaría con el mandato humano de “labrar y guardar” la tierra (Gn 2:15). Si ambas formas verbales comparten una raíz común, la creatividad humana —desde la agricultura hasta el arte— se entiende como una participación en el ordenamiento divino, en el que “crear” implica tanto innovación como discernimiento de límites.

Algunos teólogos, como Moltmann (2016), en *Gott in der Schöpfung*, y Bentley Hart (2005), en *The Beauty of the Infinite*, profundizan esta idea. Para Moltmann, el ser humano, como *imago Dei*, colabora en la “creación continua” de Dios no mediante actos *ex nihilo*, sino transformando responsablemente lo existente. Algo que ya aparece en Santo Tomás de Aquino (2000), quien sostiene que Dios da el ser a las cosas al crearlas, y también las conserva y las gobierna en el ser de estas (Contra Gentiles, lib. 3 cap. 65 n. 1 y S. Th. I q. 105 a. 5 arg. 1). Hart, por su parte, subraya que la belleza generada por el arte humano, incluso en su fragilidad, refleja la paradoja de un Creador que se autolimita para hacer espacio a la agencia creativa de sus criaturas. Así, en la forma *Piel* —acto de “dar forma”— no sería un mero gesto técnico, sino un eco del *Qal* divino, que señala la posibilidad de que la libertad humana imite la libertad ordenadora de Dios.

No obstante, esta visión enfrenta objeciones. Según Pinto (2016) autores como Becking y Korpel (2010) insisten en que *Qal* y *Piel* son homónimos, es decir, palabras con escritura idéntica pero etimologías distintas. Según esta postura, reflejada en léxicos modernos como *HALOT* (*The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*) (Köhler *et al.*, 2001), no hay conexión entre el “crear” divino y el “cortar” humano, lo que desconecta la creatividad técnica de su dimensión espiritual. Esta perspectiva, sin embargo, ha sido cuestionada por estudios que señalan cómo la tradición lexicográfica ha oscilado entre ambos modelos, demostrando que la decisión no es neutral: tratar *Qal* y *Piel* como homónimos debilita el vínculo textual entre la acción divina y humana, mientras que un enfoque polisémico refuerza la narrativa de colaboración cósmica (Clifford, 1985).

La réplica teológica a este dilema reside en la intencionalidad consciente. A diferencia de la IA, que “corta” datos sin propósito (como un *Piel* algorítmico), el ser humano crea con un anhelo de trascendencia, reflejando la libertad divina. El Sal 8 —“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”— subraya esta paradoja: aunque limitado, el humano es coronado de gloria al participar en el acto creador. Así, la *imago Dei* no se reduce a la habilidad técnica, sino que se consume en la vocación ética y estética de reflejar, mediante la creatividad, el carácter del Creador que ordena el caos y siembra belleza.

La IA creativa: capacidades y límites

La creatividad en la IA se basa en algoritmos como los modelos de lenguaje extenso (LLMs) (Zhang *et al.*, 2023) y las redes generativas adversarias (GANs), que analizan patrones en datos para producir obras novedosas (Creswell *et al.*, 2018), desde pinturas (Portrait of Edmond Belamy) hasta música (OpenAI MuseNet). Sin embargo, estos sistemas no “crean” en sentido humano: su innovación es una recombinación matemática de información preexistente. Este fenómeno desata un debate filosófico: para Boden (2012), en *Creativity and Art*, la IA logra creatividad mediante combinatoria novedosa, generando ideas valiosas sin necesidad de conciencia. En contraste, Searle (1985), en *Mentes, cerebros y programas*, argumenta que, sin intencionalidad —la capacidad de dar significado a los actos—, la IA solo simula creatividad, sin comprender ni trascender su programación.

La tensión entre originalidad y derivación revela otro límite: la IA depende por completo de los datos con los que es entrenada. Herramientas como DALL-E o MidJourney producen imágenes sorprendentes, pero siempre como remezclas estadísticas de obras humanas, lo que genera acusaciones de “plagio algorítmico”. Aunque sus resultados sean inéditos, carecen de contexto cultural o emocional para innovar con la profundidad simbólica del arte humano, como criticar sistemas de poder o expresar vulnerabilidad. Esta dependencia también se observa en su

incapacidad para romper reglas autónomamente: AlphaGo sorprendió en el juego de Go, pero sus jugadas estaban acotadas por parámetros predefinidos, no por rebeldía o inspiración.

Más allá de lo técnico, la IA plantea dilemas culturales: ¿puede una obra algorítmica conmover como el arte humano? Proyectos como “Sunspring” (un guion escrito por IA) muestran resultados intrigantes, pero carecen de narrativa intencional. La creatividad de la IA refleja, así, tanto sus capacidades como nuestros sesgos: valoramos su “originalidad” desde criterios humanos, mientras ella opera en un vacío contextual. Esto subraya su rol como herramienta, no como creadora autónoma: incluso AIVA, compositora algorítmica, requiere selección humana para definir qué melodías son “valiosas”.

El desafío ético radica en discernir si la IA debe complementar la creatividad humana o imitarla hasta diluir su singularidad. Mientras los algoritmos evolucionan, su verdadera innovación no estará en replicar obras, sino en amplificar posibilidades expresivas, siempre que no perdamos de vista que la creatividad auténtica emerge de la conciencia, la vulnerabilidad y el anhelo de trascender lo establecido —rasgos que, por ahora, nos distinguen como *imago Dei*.

Análisis teológico: la inteligencia artificial y la *imago Dei*

La discusión sobre si la IA puede considerarse una extensión de la *imago Dei* —la imagen de Dios en el ser humano— parte de una paradoja: mientras la tecnología imita resultados creativos, carece de los atributos que la teología clásica ha vinculado con lo divino, como la conciencia, la libertad y la intencionalidad trascendente (así en el Aquinate S. Th, I, q.93, a. 4 y a.6 y Agustín de Hipona *De Genesi ad litteram*, VI, 27, 38 y *De Trinitate*, XIV, 8,11). Sin embargo, teólogos como Jackelén (2021) sugieren que la tecnología, incluida la IA, “puede revelar nuevas facetas de la imagen divina” (p. 69). Para Jackelén, herramientas como la IA no compiten con lo humano, sino que amplifican su capacidad para reflejar la creatividad de Dios, tal como lo hicieron en su momento la imprenta, el pincel o el cincel. En esta visión, la IA se entiende como un instrumento moderno que, al servicio de la humanidad, puede ayudar a cumplir el mandato de “labrar y guardar” la creación (Gn 2:15), explorando nuevas formas de expresión y solución de problemas.

Quienes defienden esta postura recurren a analogías históricas. La imprenta de Gutenberg, por ejemplo, revolucionó la difusión del conocimiento sin sustituir la autoría humana; más bien, expandió su alcance. De manera similar, la IA podría democratizar la creatividad, permitiendo que personas sin formación técnica compongan música, escriban poesía o diseñen obras visuales. Proyectos como DALL-E o ChatGPT, al generar contenido a partir de instrucciones simples,

empoderan a usuarios comunes para materializar ideas que antes requerían años de entrenamiento. Esto, según algunos teólogos, refleja un aspecto de la *imago Dei*: la capacidad humana de cooperar con Dios en la tarea de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21:5), en este caso, utilizando herramientas que trascienden sus limitaciones biológicas.

No obstante, algunos críticos, al igual que hace casi cinco décadas lo advertía Pannenberg (1983), en *Anthropologie in Theologischer Perspektive*, consideran que la creatividad auténtica surge de la relación con Dios. De modo que asumiendo la argumentación de Pannenberg, la IA, al carecer de conciencia y libertad, no podría participar de esta dinámica relacional. Mientras un artista humano crea con propósito ético —ya sea para denunciar injusticias, expresar esperanza o explorar el misterio de lo sagrado—, los algoritmos operan mediante cálculos probabilísticos, sin comprender el significado de sus actos. La ausencia de autonomía moral y vulnerabilidad emocional en la IA la sitúa fuera del marco teológico de la *imago Dei*, que implica no solo habilidad técnica, sino también responsabilidad y conexión con lo trascendente. Un poeta que escribe desde el duelo o un músico que compone en medio de la crisis encarna esta dualidad; la IA, en cambio, genera obras sin experimentar el peso del sufrimiento o la chispa de la esperanza.

La tensión entre colaboración y competencia emerge como un eje central. Barth (1948, 1967), en *La ética de la creación*, subraya que el trabajo humano es un llamado a colaborar con Dios en la transformación del mundo. Desde esta perspectiva, la IA podría ser un aliado en tareas como preservar manuscritos antiguos, traducir textos sagrados o componer música litúrgica para comunidades sin recursos. Por ejemplo, el proyecto *In Codice Ratio*, desarrollado por el Archivo Apostólico Vaticano y la Universidad de Roma, utiliza IA para descifrar documentos medievales, una labor que antes requería décadas de estudio especializado. Sin embargo, Barth también alertaría sobre el riesgo de la idolatría: confundir la herramienta con su fin. La IA no sustituye la agencia humana, sino que la desafía a discernir qué aspectos de la creatividad son irrenunciables, como la empatía, el juicio moral o la capacidad de cuestionar críticamente los sistemas de poder (Barth, 1967, § 56).

Un ejemplo concreto de esta tensión es el uso de IA para generar sermones. Mientras algunas plataformas, como ChatGPT, pueden redactar discursos teológicamente coherentes, carecen de la autenticidad que surge de la experiencia pastoral: consolar a un doliente, cuestionar estructuras opresivas o celebrar la resiliencia comunitaria. Aquí, la IA actúa como un “socio” limitado: útil para organizar ideas o sugerir referencias bíblicas, pero incapaz de encarnar el llamado profético de la fe. Este dilema refleja una pregunta más amplia: ¿puede la tecnología mediar en lo sagrado sin vaciarlo de su esencia relacional? Para teólogos como Delio (2021) y Xu (2024), la respuesta radica en mantener a la IA como un instrumento y nunca como sustituto de la presencia humana en las prácticas espirituales.

La paradoja final radica en que, aunque la IA imita la creatividad humana, su falta de vulnerabilidad y propósito trascendente la excluye de la *imago Dei*. Mientras un ser humano crea desde la finitud —aceptando el riesgo del fracaso y la imperfección—, los algoritmos operan en un vacío existencial. Tillich (2008), en *The Courage to Be*, argumenta que la auténtica creatividad emerge de la confrontación con el no-ser (pp. 37–40), un concepto ajeno a la IA. Un cuadro pintado por una máquina puede ser estéticamente impecable, pero nunca expresará el “coraje de ser” que Tillich vincula con la experiencia espiritual (p. 123). Así, la IA refleja un eco de la *imago Dei*, pero sin capturar su núcleo: la capacidad de crear *con* y *desde* la relación con lo divino.

El desafío teológico, entonces, no es rechazar la IA, sino integrarla sin trivializar lo humano. Como sugiere Jackelén (2021, pp. 16–17), su valor está en ampliar horizontes, no en reemplazar la creatividad. La *imago Dei* se revela no en la perfección técnica, sino en la imperfección consciente de quien crea con amor, esperanza y un anhelo de justicia. En este sentido, la IA podría recordarnos que lo verdaderamente divino en la creatividad no es el producto final, sino el proceso íntimo de buscar, errar y trascender —un viaje que, por ahora, sigue siendo exclusivamente humano—.

Discusión: implicaciones éticas y pastorales, y casos de estudio aplicados

La IA, al penetrar en ámbitos tradicionalmente humanos como el arte, la espiritualidad y la interpretación de textos sagrados, genera dilemas éticos que la teología no puede ignorar. Uno de los riesgos más urgentes es la idolatría a la tecnología, con la que herramientas como la IA son elevadas a categorías cuasi-divinas, desplazando la centralidad de lo humano en la relación con Dios. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (§ 2113) advierte contra la adoración de “criaturas” en lugar del Creador, un principio aplicable cuando se atribuyen a la IA capacidades redentoras o de sentido último. Por ejemplo, proyectos que prometen “inmortalidad digital” mediante *uploading* de conciencia no solo ignoran la finitud humana, sino que trivializan la esperanza escatológica cristiana en la resurrección.

Sin embargo, la IA también ofrece oportunidades para profundizar en la *imago Dei*. La encíclica *Laudato Si'* (Francisco, 2015 § 102-114) insiste en que la tecnología, usada con sabiduría, puede ayudar a “cultivar y guardar” la creación. Plataformas como “Watson for Oncology”, que analiza datos para personalizar tratamientos médicos, ejemplifican cómo la IA puede servir al bien común, pues refleja la vocación humana de cooperar con Dios en la sanación del mundo. En el ámbito pastoral, *chatbots* como Sanbot —utilizado en algunas parroquias para acompañar a ancianos— podrían complementar, no reemplazar, el cuidado comunitario, siempre que se evite la cosificación de la empatía.

La iglesia enfrenta el desafío de discernir cómo integrar la IA sin perder su identidad. Algunas recomendaciones prácticas incluyen, primero, un diálogo interdisciplinario: involucrar a teólogos, científicos de datos y artistas en proyectos que exploren el potencial ético de la IA, como el *Vatican's AI Ethics Initiative*; segundo, una educación crítica: enseñar a las comunidades a distinguir entre herramientas útiles y narrativas tecnoutópicas que prometen salvación mediante algoritmos; y tercero, una protección de lo sagrado; es decir, establecer directrices para el uso de IA en liturgias o celebraciones religiosas, evitando que lo numinoso se reduzca a espectáculo.

Un caso paradigmático es el “Jesús digital”: imágenes de Cristo generadas por IA, como las creadas por el artista Ai-Da, que combinan rasgos étnicos diversos. Mientras algunos ven aquí una inculturación contemporánea, otros alertan sobre el riesgo de reducir lo sagrado a un producto algorítmico, entrenado con datos sesgados. ¿Puede un algoritmo, ajeno a la noción de divinidad, generar una representación de Jesús que sea considerada legítima? La polémica refleja la tensión entre innovación y respeto a lo trascendente. Otro caso es el uso de ChatGPT para escribir sermones. Las encuestas realizadas a algunos líderes religiosos muestran una división: mientras algunos usan la IA para esbozar ideas, otros denuncian pérdida de autenticidad. Un sermón generado por IA puede citar correctamente a san Pablo o san Agustín, pero carece de la “autoridad” que surge de una vida entregada al servicio, la duda y la gracia. Como señala el teólogo Hauerwas (2004) a través de su ética narrativa y la formación comunitaria: “la moral cristiana surge de prácticas comunitarias, no de principios abstractos” (p. 51).

El proyecto *In Codice Ratio*, que emplea IA para descifrar manuscritos medievales, ilustra un uso positivo. Aquí, la tecnología no compite con lo humano, sino que amplía el acceso al patrimonio espiritual. Sin embargo, incluso en este contexto, surge una pregunta incómoda: ¿la velocidad de la IA amenaza la contemplación paciente que caracteriza a la exégesis tradicional? Queda pues planteado un riesgo latente acerca de cómo la prisa tecnológica pueda llegar oscurecer la escucha del silencio divino.

Finalmente, los *deepfakes* religiosos —vídeos falsos de líderes espirituales— exponen un peligro único: la manipulación de lo sagrado para fines de control o lucro. En India, por ejemplo, se han usado algoritmos para generar discursos falsos de gurús, explotando la fe de millones. Este fenómeno le exige a la iglesia la creación de protocolos para verificar y para educar en el discernimiento, pues, como escribió Dietrich Bonhoeffer (2002), “Verdad no significa algo, sino alguien.” (p.53).

Los casos analizados revelan que la IA no es neutral: su impacto depende de los valores que guían su uso. La teología, lejos de rechazarla, está llamada a ser profética, denunciando usos deshumanizadores y bendiciendo aquellos que sirven a la justicia y la compasión. Como resume

el *Rome Call for AI Ethics* (2020), la tecnología debe orientarse hacia el “desarrollo integral”, para que la creatividad humana, enraizada en la *imago Dei*, siga siendo el faro que orienta en esta era algorítmica.

Conclusiones

En este artículo se ha defendido que la IA no redefine, sino que delimita la *imagen Dei*. Al carecer de conciencia, vulnerabilidad y propósito trascendente, los sistemas algorítmicos no pueden participar de la creatividad auténtica que surge de la relación con Dios y la responsabilidad ética. La paradoja de la IA radica en que, al imitar la creatividad humana, expone lo irremplazable de nuestra condición: crear no es producir novedad, sino tejer significado en el telar de lo divino.

La inteligencia artificial, al desdibujar fronteras entre lo humano y lo algorítmico, exige que la teología abandone su rol reactivo para convertirse en interlocutora activa de la innovación. No se trata solo de responder a dilemas éticos, sino de proponer visiones de humanidad que resistan la cosificación tecnológica. La *imago Dei*, lejos de ser un concepto estático, se revela en la capacidad de crear con libertad y responsabilidad, atributos que la IA simula pero no encarna. Mientras los algoritmos, como GPT-4, generan sermones o DALL-E pinta crucifixiones, la teología debe recordar que lo sagrado no reside en la perfección técnica, sino en la vulnerabilidad de quien crea con un propósito trascendente. Este diálogo es urgente: en un mundo donde la IA modela economías, políticas y espiritualidades, la fe debe ser brújula que oriente la tecnología hacia el bien común, no hacia nuevos becerros de oro.

La IA también plantea desafíos globales que reclaman una respuesta profética. Algoritmos que perpetúan sesgos de raza, género o clase son la encarnación digital de los ídolos denunciados por los profetas bíblicos. Frente a esto, la teología está llamada a inspirar usos de la IA que reflejen el *shalom* del Reino: herramientas que optimicen recursos en zonas marginadas, combatan la desinformación o preserven lenguas indígenas en riesgo. Proyectos como “Watson for Oncology” —que personaliza tratamientos médicos— muestran que la tecnología puede ser instrumento de justicia, siempre que esté guiada por una ética que priorice a los últimos (Mt 25,40). La creatividad, en este marco, no es lujo estético, sino acto de amor al prójimo.

Sin embargo, el riesgo de idolatría persiste. La IA es el becerro de oro del siglo XXI: brilla con promesas de omnipotencia, pero solo refleja lo que ya somos. Como advierte el *Catecismo* (§ 2113), adorar criaturas —sean de silicio o código— desvía la mirada del Creador. Desmantelar esta falsa divinidad no implica rechazar la tecnología, sino usarla con la humildad del grano de trigo (Jn 12, 24) que muere para dar fruto. Así, la iglesia debe formar “discípulos digitales”: creyentes que

combinen competencia técnica con sabiduría espiritual, capaces de diseñar algoritmos que sirvan a la libertad humana y no a la esclavitud del alma. Esto exige espacios en los que las parábolas y Python coexistan, y donde el “ama a tu prójimo” guíe desde el código fuente hasta la interfaz.

Formar discípulos digitales no implica abrazar acríticamente la tecnología, sino cultivar una ascesis tecnológica: el arte de usar herramientas como la IA sin ser usados por ellas. Esto exige comunidades donde la oración y el código fuente coexistan, y donde el “venid a mí” (Mt 11, 28) se extienda a quienes buscan sentido en un mundo hiperdigital. La IA, así integrada, no eclipsa la *imago Dei*, sino que sirve para recordar que, incluso en la era de los algoritmos, lo divino se revela en el rostro humano que crea, cuestiona y ama más allá de la pantalla.

Los casos analizados —desde el Jesús digital hasta los *deepfakes* religiosos— revelan que la IA no es neutral. Su impacto depende de los valores que la gobiernan. El *Rome Call for AI Ethics* (2020) es un faro inicial, pero el camino demanda más: liturgias que integren *apps* sin trivializar lo sagrado, políticas que regulen la manipulación algorítmica de la fe, y una hermenéutica bíblica que dialogue con la ciencia de datos sin perder su alma. Como escribió Bonhoeffer (2002), “la verdad es una persona” (p. 53), no un conjunto de ceros y unos. Esta es la referencia exacta pero no he podido agregarla porque Zotero deshace los cambios anteriores, así que la agrego aquí para que el editor pueda incorporarla en la bibliografía

Este artículo es un punto de partida, no de llegada. Las IA seguirán evolucionando, y con ellas se aumentarán los interrogantes teológicos. ¿Podrá un algoritmo generar un salmo que conmueva como los de David? Quizás. Pero mientras la fe siga arraigada en el Dios que se hizo carne, la teología tendrá la última palabra: no en la pantalla, sino en el corazón que late tras ella. La creatividad algorítmica, al carecer de intencionalidad, vulnerabilidad y contextualización existencial, revela que la *imago Dei* no reside en producir novedades, sino en crear con un corazón que late entre el riesgo y la esperanza. La creatividad más profunda no es la que imita, sino la que, en su imperfección, apunta al Misterio. Ahí, en ese cruce entre lo humano y lo divino, la *imago Dei* sigue siendo irreplicable: no porque seamos dioses, sino porque Él, en su gracia, nos hizo colaboradores.

Referencias

- Aquino, T. de. (2000). *Corpus Thomisticum* (E. Alarcon). Universidad de Navarra. <http://www.corpusthomisticum.org/>
- Augustini, S. A. (2014). *Opera Omnia: Patrologiae Latinae Elenchus*. <https://www.augustinus.it/latino/index.htm>
- Barth, K. (1948). *Dile Lehre von der Schöpfung*. Evangelische Verlagswerk.

- Barth, K. (1967). *Kirchliche Dogmatik*. Theologischer Verlag.
- Boden, M. A. (2012). *Creativity and art: Three roads to surprise* (Paperback edition). Oxford University Press.
- Bonhoeffer, D. (2002). *Werke. 4: Nachfolge / hrsg. von Martin Kuske u. Ilse Tödt* (3., durchges. und aktualisierte Aufl.). Kaiser.
- Clifford, R. (1985). The Hebrew Scriptures and the Theology of Creation. *Theological Studies*, 46, 507–523.
- Creswell, A., White, T., Dumoulin, V., Arulkumaran, K., Sengupta, B., y Bharath, A. A. (2018). Generative Adversarial Networks: An Overview. *IEEE Signal Processing Magazine*, 35(1), 53–65. <https://doi.org/10.1109/MSP.2017.2765202>
- Delio, I. (2021). *The hours of the universe: Reflections on god, science, and the human journey*. Orbis Books.
- Francisco. (2020, February 28). Ad participes Coetus Plenarii Pontificiae Academiae pro Vita. *Actas de La Sede Apostólica*, 3(112), 307–310.
- Francisco, P. (2015). Laudato si': Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común. *Actas de La Sede Apostólica*, 107(9), 847–945.
- Hart, D. B. (2005). *The beauty of the infinite: The aesthetics of Christian truth*. W.B. Eerdmans.
- Hauerwas, S. (2004). *The peaceable kingdom: A primer in Christian ethics*. University of Notre Dame Press.
- Holmstedt, R. (2022). The Syntax of Genesis 1:1–3. *Journal for Semitics* 31(2), 1-16. <https://doi.org/10.25159/2663-6573/11647>
- Jackelén, A. (2021). Technology, theology, and spirituality in the digital age. *Zygon*, 56(1), 6–18. <https://doi.org/10.1111/zygo.12682>
- Köhler, L., Baumgartner, W., Richardson, M. E. J., y Köhler, L. (2001). *The Hebrew and Aramaic lexicon of the Old Testament*. Brill.
- Martinez, J. M. C., Neves, L. A., Longo, L. H. da C., Rozendo, G. B., Roberto, G. F., Tosta, T. A. A., de Faria, P. R., Loyola, A. M., Cardoso, S. V., y Silva, A. B. (2024). Exploring DeepDream and XAI representations for classifying histological images. *SN Computer Science*, 5(4), 362. <https://doi-org.crai-ustadigital.usantotomas.edu.co/10.1007/s42979-024-02671-1>
- Moltmann, J. (2016). *Gott in der Schöpfung: Ökologische Schöpfungslehre* (Sonderausgabe). Gütersloher Verlagshaus.
- Pannenberg, W. (1983). *Anthropologie in theologischer Perspektive*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Pegoraro, R., y Curzel, E. (2023). Convocatoria de Roma por la Ética de la IA: el nacimiento de un movimiento. *Medicina y Ética*, 34(2), 315–349. <https://revistas.anahuac.mx/index.php/bioetica/article/view/1666>
- Pinto, J. (2016). Lexical Variation in the Understanding of בָּרָא: Homonymy or Polysemy? *Studia Antiqua*, 14(1), 20-29. <https://scholarsarchive.byu.edu/studiaantiqua/vol14/iss1/2>
- Plašienková, Z., Sámelová, A., y Vertanová, S. (2020). La noosfera en el pensamiento de Teilhard de Chardin y la ambivalencia de la producción mediática online. *Quaerentibus*, 14, 3–14. <https://quaerentibus.upaep.mx/index.php/quaerentibus/article/download/54/44/129>
- Roveda Villamil, V. (2021). *Evolución y funcionamiento de la inteligencia artificial. Aproximación al aprendizaje automático en las artes: Exploración musical en Amper y AIVA* [Tesis de pregrado]. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <http://hdl.handle.net/11349/28996>

Searle, J. (1985). *Mentes, Cerebros y Ciencia*. Catedra.

Tillich, P. (2008). *The courage to be*. Yale University Press.

Xu, X. (2024). *The Digitalised Image of God: Artificial Intelligence, Liturgy, and Ethics*. Taylor & Francis.

Zhang, X., Li, Z., Zhang, Y., Long, D., Xie, P., Zhang, M., y Zhang, M. (2023). Language models are universal embedders. *arXiv Preprint arXiv:2310.08232*. <https://arxiv.org/abs/2310.08232>